

## La lectura, educación sentimental en los textos autobiográficos de José Manuel Caballero Bonald y Soledad Puértolas

g.fiordaliso@rom.unipi.it

---

Los textos autobiográficos de los escritores, además de ser un estimulante terreno para estudiar los caracteres de la autobiografía como género literario, representan un ámbito privilegiado para reconstruir el pasado y la vida del sujeto empezando por su propia vocación literaria: el escritor, poeta o novelista, que elige contar su vida en un espacio textual peculiar, distinto de sus obras de ficción, quiere hablar de su oficio y de la literatura explicando cuándo y cómo tuvo conciencia de ser un “profesional de la palabra”, realizando en su escritura autobiográfica la mezcla entre vida y literatura que desde siempre marca su experiencia. En estos textos, el novelista escribe su vida “desde el principio”, o reconstruye su pasado contando fragmentos de su experiencia y hablando de su trabajo, de su profesión, mostrándose en su ‘despacho’, abriéndonos las puertas de su *atelier* y describiéndonos cuáles son los instrumentos con los que trabaja diariamente.

Por estas razones, en la escritura autobiográfica de escritores, muy a menudo se insertan reflexiones metaliterarias y el cuento de la vida se convierte en una autobiografía literaria en la que el autor-narrador-protagonista cuenta sus orígenes, su infancia y adolescencia hasta llegar a la madurez, subrayando la importancia y la presencia constante de la literatura en su vida; una presencia que se concreta, entre otras cosas, en las lecturas realizadas en distintos momentos o en los encuentros con unos autores afirmados.

En este tipo de proyecto autobiográfico, las lecturas hechas y las influencias literarias tienen una importancia fundamental: los libros leídos, vehículos para conocer a autores de distintos países o épocas, han dejado en el sujeto unas huellas inolvidables que van a ocupar un papel esencial en la reconstruc-

ción de su pasado y que el sujeto conserva en su “archivo” de la memoria. No se trata sólo de hacer una lista de los libros que el autor tuvo ocasión de leer, o de los escritores que conoció directamente: el autor-narrador-protagonista, a través del ejercicio de la memoria, puede reconstruir y crear una “red de cuentos” que ha determinado su *modus scribendi* y que resurge en su escritura autobiográfica.

Son muchos los ejemplos que podemos mencionar <sup>1</sup>: si consideramos el éxito de la escritura autobiográfica en las últimas décadas, en efecto, muchos autores y autoras han publicado textos autobiográficos en los que hablan de sí mismos y de su vida, de su escritura y de la literatura. Son textos que no responden sólo a un afán testimonial, porque el escritor que elige contarnos su vida realiza un proyecto de escritura que se relaciona directamente con su producción literaria, y que al mismo tiempo corresponde al deseo y a la necesidad de hablar de su profesión con intenciones distintas (confesión, apología, etc.).

## 1.

Los ejemplos que traemos a colación en esta ocasión son los de José Manuel Caballero Bonald y de Soledad Puértolas.

El escritor jerezano, poeta y novelista, exponente del llamado “grupo de los ’50”, o de los “niños de la guerra”, ha publicado dos volúmenes autobiográficos: *Tiempo de guerras perdidas* (1995) y *La costumbre de vivir* (2001), subtitulados, no en vano, “novelas de la memoria”. En el primer volumen, se dedica a los primeros años de su vida hasta el final de la milicia universitaria y su definitiva instalación en Madrid: *Tiempo de guerras perdidas* tiene mucho de los caracteres del *bildungsroman* porque lo que el sujeto cuenta es su aprendizaje hasta llegar al año 1954, cuando José Manuel decide dejar Andalucía, trasladarse a Madrid para hacer su entrada en el “mundo de los escritores”, publicando sus dos primeras colecciones de poesías <sup>2</sup>.

José Manuel cuenta su vida empezando por sus orígenes y su infancia, describiendo su entorno familiar, la educación recibida y sus años escolares. Varios influjos han determinado su crecimiento: andaluz, su padre era cubano y su madre tenía orígenes franceses; el niño crece, pues, en un contexto

---

<sup>1</sup> Recordemos, entre otros, los nombres de María Zambrano, Rosa Chacel, Rafael Alberti, Carmen Martín Gaité, Francisco Umbral, Miguel Delibes, etc.

<sup>2</sup> Se trata de: *Las adivinaciones*, (1952), Madrid, Adonais; *Memorias de poco tiempo*, (1954), Madrid, Ed. Cultura Hispánica.

estimulante y polifacético. Al estallar la guerra civil, José Manuel tiene diez años y el autor adulto recuerda esos años como un paréntesis, una pausa en la cotidianidad, aunque fuese un momento dramático de la vida de su país: sólo desde el presente de la escritura, el escritor puede volver con su memoria a sucesos tan trágicos, narrados no con pormenores, sino a través de unos reflejos fragmentarios, uniendo el punto de vista de un niño de diez años al del autor adulto.

*La costumbre de vivir* narra desde un día de otoño de 1954 hasta la significativa fecha de 1975, año en el que muere Franco, elegido como lugar de cierre<sup>3</sup>: a la recuperación algo fragmentaria de episodios localizados entre la infancia y la adolescencia en *Tiempo de guerras perdidas*, sigue la recuperación de un tiempo más próximo, el de la vida adulta, que el yo-presente cuenta y comenta. El pasado surge de su propia conciencia, afirmando que quien escribe en el presente no es quien era en el pasado: hay que subrayar esa distinción porque el sujeto, consciente de esa distancia que es constante y pertinazmente afirmada a lo largo de los dos volúmenes, reconstruye un tiempo colectivo, pero también personal, privado e íntimo.

Caballero Bonald utiliza, pues, una estructura muy asentada en el género autobiográfico: infancia, adolescencia y juventud en la primera parte, vida del escritor adulto en la segunda. En ambos libros, sin embargo, es la literatura la que aglutina, sintetiza el pasado y el presente del escritor porque cada uno, nos dice Caballero Bonald, escribe según lo que ha vivido y el germen, el arranque de toda literatura procede de la memoria. Le interesa también teorizar sobre la imposibilidad de la recuperación del pasado porque “también la verdad se inventa, decía Machado, y mis Memorias están llenas de verdades inventadas” (Caballero Bonald 2004: 52). Su proyecto autobiográfico se realiza pues desde una autoconciencia de escritor que se sabe tal en todo momento: es el poeta y el novelista quien escribe estas “novelas de la memoria”, muy reflexivo y de precisiones teóricas nada evanescentes, capaz de mirar el pasado y crearlo en un contexto autobiográfico, esto es referencial, pero también imaginado.

Tratemos de entender cómo y por qué.

Para escribir el pasado explicándolo desde el momento presente, Caballero Bonald nos dice que “la memoria ampara, fertiliza el arte como la tierra la semilla. Lo que equivale a decir que la amnesia vendría a ser como la negación de la escritura. Yo escribo porque me acuerdo de mi pasado, porque soy mi pasado” (Caballero Bonald 2004: 48).

---

<sup>3</sup> Sabemos muy bien que se trata de un cierre que es un hito fronterizo en la misma biografía de esta generación, que Josefina Aldecoa ha denominado la de los “niños de la guerra” porque eran niños en 1936 y vivieron su infancia y juventud bajo la dictadura de Franco.

En el pasado de José Manuel, gran interés lo merecen las influencias literarias, el espacio de su primera nutrición como escritor. Se trata de un espacio descrito también físicamente y que está lleno de libros: en su infancia y adolescencia, los libros han sido vehículos fundamentales para establecer los primeros contactos con el mundo de la literatura. Por estas razones se representa como un curioso lector, menciona los libros que encuentra en la biblioteca de su familia, espacio nutricional que concuerda también con la influencia literaria de su hermano Rafael o de su tía Isabela:

En casa se había ido reuniendo desde muchos años atrás un regular acopio de libros de muy diversas materias y utilidades. Aparte de los tratados científicos del abuelo, había bastantes novelas decimonónicas aportadas por tía Isabela, ediciones varias de lecturas pedagógicas y literatura clásica pertenecientes – supongo– a la abuela Julia y textos franceses de mi padre, mayormente de asuntos económicos. Todo ello, unido a distintas colecciones de historia universal, diccionarios enciclopédicos y revistas ilustradas, constituía una pequeña y heterogénea biblioteca, distribuida en dos estantes de proporciones abaciales, que mi hermano Rafael y yo procedimos a ordenar y catalogar. (Caballero Bonald 1995: 82-3)

José Manuel-niño lee los libros de Stevenson, Melville, Conrad, Verne, las poesías de Rosalía de Castro, Cernuda, Aleixandre, Baudelaire, Rimbaud, escritores que son verdaderos mitos para el joven e inexperto lector, patrones y ejemplos fundamentales que el niño quiere emular.

Además de la enumeración de las lecturas, que no debemos entender como mero esfuerzo de erudición, sino como un elemento importante para subrayar la tendencia constante de Caballero Bonald a vivir su vida conforme a modelos literarios, hay que destacar el episodio en el que se representa adolescente en su admiración por Espronceda, declarando que en su vida quería emular al poeta romántico.

En las primeras páginas de *Tiempo de guerras perdidas*, ya se había referido a Vélez de Guevara y a su novela *El Diablo Cojuelo*: “De haber conocido entonces la historia del *Diablo Cojuelo*, me hubiese agradado mucho esa emulación inocua del personaje de Vélez de Guevara” (Caballero Bonald 1995: 9).

Contando sus aventuras jerezanas, afirma que: “Semejante acumulación de hazañas me inculcó una aspiración apremiante: la de intentar ser como Espronceda.” (Caballero Bonald 1995: 107)

Con una mirada auto-irónica, el escritor adulto describe sus primeros pasos en el mundo de la literatura con especial mención a Espronceda:

La desesperación lírico-dramática de Espronceda, como trasunto fiel de mi fingida desesperación, constituyó el primer imperioso vínculo operativo. Me llevó mi trabajo encontrar el método más idóneo para que esas disipaciones me pro-

porcionaran un buen motivo de inspiración poética. [...] Fue una temporada inolvidable y ya me veía admitido en la intimidad del Parnaso en razón de los muchos méritos contraídos. [...] Mientras practiqué ese voluble aprendizaje, escribí un buen número de poesías, todas ellas del género melodramático, que el tiempo ha tenido la deferencia de extraviar. (Caballero Bonald 1995: 107)

El escritor recuerda sus primeros “afanes noveleros” (Caballero Bonald 1995: 175) y da una especial fisonomía novelesca a sus memorias, comentando con sabor literario muchos de los episodios narrados en este primer volumen.

Conforme avanza, *Tiempo de guerras perdidas* acentúa no solo las reflexiones metaliterarias, sino también las meta-autobiográficas, porque los recuerdos son un “*totum revolutum*” (Caballero Bonald 1995: 291) y porque el sujeto es ahora distinto del que evoca.

Encontramos la misma idea en *La costumbre de vivir*, en el que el mecanismo literaturizador de la experiencia nos devuelve la figura de un poeta y narrador en los inicios de su carrera literaria. En este segundo volumen, la literatura vivida como experiencia privada e íntima, que en la primera parte coincidía, entre otras cosas, con la lectura de muchísimos libros, aumenta sobre todo a través de los viajes a Colombia, a Cuba y por Europa.

El autor adulto también se representa leyendo: en Colombia, por ejemplo, cuando describe su primera clase en la Universidad, hace un verdadero elogio de la lectura y añade que “si el deber de un profesor es enseñar, mi única misión en este caso era enseñar a leer” (Caballero Bonald 2001: 260). Leer, y releer, suponen “el acercamiento a un mundo cuya sola capacidad de inventiva podía resarcir de muchas privaciones” (*Ibid.*: 261): “con un libro en las manos, uno tenía en su poder un precioso fragmento de vida, disponía a su antojo de esa vida, pertenecía de veras al mundo, aprendía a ser libre” (*Ibid.*). Desarrollando su crónica de aprendizaje, contando sus experiencias como escritor, sus viajes y el conocimiento directo de otros escritores, Caballero Bonald escribe su autobiografía siempre pensando en la literatura y desde ella.

Su particular archivo de experiencias, en las que la lectura ha sido fundamental, va a ser el manantial para trasladar esas mismas experiencias al caudal narrativo y si nunca es posible reproducir sin error los supuestos materiales autobiográficos, los libros no engañan, son puntos cardinales, referencias fundamentales en el aprendizaje de cada escritor, fruto de una “clara y razonable alianza con la literatura” (Caballero Bonald 2001: 261) que se convierte conscientemente en una elección intuitiva de la libertad. Eso es la literatura para Caballero Bonald, tal como lo entendemos a través de sus dos volúmenes de memoria.

2.

Otro ejemplo significativo es el de Soledad Puértolas, que ha publicado tres textos autobiográficos: *La vida oculta*, (1993), *Recuerdos de otras personas*, (1996), *Con mi madre*, (2001). En el primer ensayo autobiográfico, la autora nos proporciona una reflexión sobre su propio oficio y sobre la literatura: expresa sus opiniones sobre los más grandes escritores, que han sido para ellas maestros y patrones; trata de explicar lo que transmiten sus obras estableciendo un diálogo con el lector y presentando también su propia experiencia personal. *Recuerdos de otra persona* es una colección de breves capítulos en los que Soledad recuerda su infancia, sus inicios como escritora, su relación con la madre, protagonista del homenaje *Con mi madre*, escrito tras su muerte en 2001.

*La vida oculta* es entonces el primer libro en el que Soledad, para hablar de sí misma, nos cuenta un poco de su vida y de su oficio. El ensayo se compone de un prólogo y de tres partes: *El pañuelo de seda azul* es el título de la primera parte, en la que la autora reflexiona sobre la condición del escritor, las razones por las que se escribe, las difíciles relaciones con los lectores y con los críticos literarios. La segunda parte, *Afinidades*, es un *excursus* en el que presenta a autores y autoras que influyeron en su escritura: Soledad conoció personalmente a algunos de ellos, que recuerda ahora con cariño, escribiéndoles unas páginas que se convierten también en homenaje. En otros casos, como ya hemos visto con Caballero Bonald, son los libros los principales vehículos para establecer un contacto y una relación. En la última parte, *La vida novelada*, habla de algunas de sus novelas y de sus cuentos, desvelando al lector su escritura entre bastidores, la inspiración para inventar sus personajes, haciendo un balance de su consolidada carrera literaria.

*La vida oculta* se presenta, pues, como un ensayo que une y mezcla fragmentos autobiográficos y reflexiones metaliterarias: es un texto híbrido, fronterizo, en el que la “escritura del yo” va acompañada del deseo de explicitar la propia poética porque lo que interesa contar no son los sucesos de una vida, sino sobre todo las experiencias íntimas, interiores, que la autora ha vivido y que han dejado una huella inconfundible en su personalidad y, por consiguiente, en su escritura.

Desde este punto de vista, la lectura es una de las experiencias más importantes, que remonta a la época de la infancia. La literatura y los libros, afirma, “me proporcionan el espacio en el que me encontraba a salvo de la realidad, de la percepción de la realidad como algo incomprensible y hostil. Y cuando tuve un lápiz y un papel, me encontré escribiendo, imitando o recreándome en esos mundos que yo leía”. (Guardia 1996: 2)

En particular, en *La vida oculta*, la escritora se representa como curiosa lectora, empezando “desde el principio”: recuerda una experiencia de su niñez,

cuándo aprendió a leer, y establece una relación directa entre este episodio y su íntimo deseo de ser novelista. Encontramos el mismo episodio también en el libro *Con mi madre*, porque su madre desempeñó un papel fundamental en las primeras experiencias de lectura, cuando Soledad estaba enferma de tífus:

Fue en ese cuarto rojo donde me contaron el cuento que me aprendí de memoria y que también marcó mi vida, porque, luego, vencida la enfermedad, cogí entre las manos el libro en el que se encontraba el relato y reconocí una a una todas las palabras. Fue así, de golpe, como aprendí a leer. Y, sobre todo, me quedé para siempre seducida por la vida que se contiene en los relatos, esa otra vida que te ayuda en la vida que tú, esa enferma de tres años, estás viviendo. (Puértolas 2001: 22)

En *La vida oculta* se refiere a esa experiencia para decir que la lectura se relaciona íntimamente con la escritura:

Después de aquel cuento, leí muchos otros, leí todo lo que caía en mis manos. Y, casi al mismo tiempo, empecé a escribir. [...] Creo que por aquel remoto entonces me identificaba con todas las desdichas que la gallina petirroja del cuento había padecido durante su vida en el corral y que seguramente empecé a escribir por eso, para salir del corral, para poder volar. (Puértolas 1993: 31)

Para representarse, Soledad se muestra con los libros, “eternos textos que nos acompañan, nuestros amigos fieles” (Puértolas, 2001, 68); “Yo leía este relato en medio del aire que discurría dentro del recinto del bar por las ventanas abiertas, observando entre párrafo y párrafo a mis acompañantes de las otras mesas” (Puértolas 2001: 205); se refiere a los libros que a lo largo de su vida pasaron por sus manos, que comenta o recuerda: “las novelas de Susan Hinton cayeron en mis manos un poco por casualidad (una gripe y una carencia de novelas policíacas a mano)” (Puértolas 2001: 190). Y sobre todo discierne en su pasión por la lectura un rasgo esencial de su personalidad, del que poco a poco va a ser consciente: “Yo no era una alumna más, a mí me gustaba leer.” (Puértolas 2001: 114)

La pasión por la lectura es un elemento fundamental de su “carnet de identidad”:

¿Qué les da a sus aficionados, a sus fieles lectores, la novela policíaca? Naturalmente, las razones por las que un lector puede comprar una novela de este género pueden ser muy variadas. [...] He ido elaborando una explicación a mi condición de lectora de novelas policíacas, aunque ya, debo admitirlo, pocas veces me aventuro mucho más allá del círculo que mis pasadas lecturas han marcado. (Puértolas 2001: 193)

Hablando de los libros, subraya la importancia de la “relación”: el sujeto que lee entra en relación con el autor del libro a través de sus palabras, y establece

también un contacto con el mundo en el que entra conscientemente. De esa doble y dinámica relación el lector sale enriquecido, va cambiando, volviendo en ocasiones sobre los libros leídos. Como le sucedió a ella leyendo el *Quijote*:

Tengo la impresión de que a mis profesoras de literatura de mis años escolares, quienes, como todas mis profesoras, eran monjas, el mundo del *Quijote* se les resistía un poco. Lo que más les gustaba a todas ellas, y mucho, era la poesía. Abandoné, pues, el colegio con una idea muy vaga del *Quijote*: unas escenas algo surrealistas, casi infantiles y grotescas, que las profesoras se empeñaban en calificar de geniales. [...] Años más tarde, mucho después de haber dejado el colegio, supe lo que significaba el enigmático adjetivo 'genial', y lo que en realidad nunca habían conseguido transmitirme. En las páginas del *Quijote* se contienen todos los enigmas de la humanidad; el permanente juego con la realidad y la ficción, el cuestionamiento de la cordura y la locura, el entendimiento íntimo entre los hombres, las redes de complicidad y simpatía que se tienden entre ellos, la complejidad del comportamiento, la necesidad de mitos... (Puértolas 2001: 113-14)

Porque Cervantes es un maestro y un patrón con el que confrontarse continuamente:

Don Quijote nos demuestra que el hombre es capaz de crear en esta tierra bastante miserable (tan polvoriento, quizá, como miserable) su propia fantasía. Puede vivir envuelto en una nube de irrealidad. Ese es el poder de la imaginación, un acto de afirmación exclusivamente humana. [...] Tengo la impresión de que ésta es una conclusión de madurez, porque desde la adolescencia nos resistimos a dar el paso que nos permita borrar la realidad. (Puértolas 1993: 116-17)

Además de Cervantes, son muchísimos los escritores que Soledad menciona: Tolstoj, Pessoa, Baroja, Čechov, Stendhal, Zorilla, Diderot, Woolf, Flaubert, son sólo algunos nombres. Soledad menciona también a Sherazade por su capacidad de relatar, de atraer y de suspender la atención del rey con sus historias: "Sherazade hace que sus cuentos cobren más realidad que la realidad misma" (Puértolas 1993: 29). Pero lo que no debemos olvidar, añade, es que:

El rey de *Las mil y unas noches* es el ejemplo más perfecto del oyente, el futuro lector. Se entrega por completo. Escucha con sus cinco sentidos. Queda preso en la magia de los relatos y acude puntualmente a su cita nocturna con la fantasía. Pide su dosis de irrealidad, de fabulación, de mentira. Frente a él las rítmicas palabras introductorias: «te voy a contar un cuento» trascienden su esencia de mentira. El cuento se hace verdad. (Puértolas 1993: 29-30)

Comentando las palabras ajenas y representándose como lectora, la perspectiva de Soledad es siempre la de una novelista consciente que une reconstrucción autobiográfica y reflexión metaliteraria, eslabones fundamentales de

su *modus scribendi*. Sus páginas autobiográficas son el pretexto para hacer comentarios sobre los libros leídos y sobre el acto de escribir: la lectura se convierte en un hilo conductor que le permite reconstruir su vida de acuerdo con la literatura y con la invención de mundos imaginarios.

## CONCLUSIONES

Los textos autobiográficos de Caballero Bonald y de Soledad Puértolas son sólo dos ejemplos, pero significativos para entender qué sentido ha tenido, y tiene, la lectura en la vida de estos escritores. Leer y escribir son dos caras de la misma moneda, dos actividades que pueden existir dependiendo la una de la otra porque las páginas de un libro nos devuelven y nos acogen en un mundo en el que merece la pena perdernos y orientarnos.

Experiencia única, estimulante, privada e íntima, la lectura es para ellos un momento importante e inacabable del aprendizaje y del camino con el que entraron en el mundo de la literatura, es decir el mundo de la invención, de la imaginación, de la creación, de la vida

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Guardia, B. S. (1996), “El ofrecimiento de la noche. Entrevista con Soledad Puértolas”, *Quehacer*, 104, Nov.-Dic., 90-6.  
<http://w3.desco.org.pe/publicaciones/QH/QH/qh104in.htm#104>.
- Caballero Bonald, J. M. (1952), *Las adivinaciones*, Madrid, Adonais.
- Caballero Bonald, J. M. (1954), *Memorias de poco tiempo*, Madrid, Ed. Cultura Hispánica.
- Caballero Bonald, J. M. (1995), *Tiempo de guerras perdidas*, Barcelona, Anagrama.
- Caballero Bonald, J. M. (2001), *La costumbre de vivir*, Madrid, Alfaguara..
- Caballero Bonald, J. M. (2004), “El paisaje como argumento de la memoria” in Fernández C., Hermosilla, M. Á. (coord., 2004), *Autobiografía en España: un balance*, Madrid, Visor Libros, 45-52.
- Puértolas, S. (1993), *La vida oculta*, Barcelona, Anagrama.
- Puértolas, S. (1996), *Recuerdos de otra persona*, Barcelona, Anagrama.
- Puértolas, S. (2001), *Con mi madre*, Barcelona, Anagrama.

ABSTRACT

The article aims to analyse the experience of reading as a “sentimental education” in the life of some Spanish writers who decided to tell the story of their own life in some specific autobiographical texts. In these works, which represent a very interesting field to explore the characters of contemporary autobiography, the writers try to establish a peculiar relationship with their readers, by recollecting the past starting from their childhood. In that period, the narrators find out their literary vocation through the experience of reading, which becomes a fascinating way to move in a wonderful world, but also to learn their future profession. We propose to compare the autobiographical pages of Caballero Bonald and Soledad Puértolas, two Spanish contemporary writers, who both represent themselves, first of all, as readers. They are just two examples to understand the importance of reading in the “literary education” of writers because reading and writing are two sides of the same coin, two favourite ways to enter the world of literature, imagination, creation and life.